



fechas para demostrar que, si no siguió á las demas naciones, tampoco fué la primera que entró en el mal camino. Hasta en el correctísimo Petrarca pueden indicarse algunos pasajes alambicados y algunas antítesis, ya de sentido, ya de palabras. Los imitadores, que escogen siempre lo peor, se valieron de estos defectos para disculpar los suyos; y los hicieron mayores; y tanto más cuanto que multiplicando versos sobre afectos que no sentían, tenían que suplir con artificios de la inteligencia la frialdad del corazón. Ya se encuentran gérmenes de este defecto aún en los mejores escritores del siglo XVI; y mucho más á medida que nos acercamos al XVII. Abunda mucho en ellos Tasso, y Marini especialmente; y todos los escritores, prosistas y poetas, no sabiendo oponerse á la literatura española, á lo ménos por la ira contra los dominadores, se afanan en seguir á Marini en sus caprichos delirios, en su empeño de tener originalidad á fuerza de cálculo, y en aquella aglomeración sonora de palabras ociosas, en vez de ideas y sentimientos. Porque de todas las corrupciones, la más seductora es el pensamiento alambicado; y adquirido una vez este gusto, es muy difícil abandonarle, ó persuadirse de que es malo.

Entonces la geografía, la historia, el universo no existen más que para ofrecer el único botín apreciado, las metáforas: la frase y el color deben predominar sobre el fondo, y se busca la argucia por la argucia, y el esplendor por el esplendor, considerando sólo la grandeza de las imágenes, no su delicadeza: era moda el talento; y los magnates del estilo y de la metáfora, así como los del mundo, ostentaban oro sobre sus vestidos, y no tenían camisa. Aquellos talentos falsos y amanerados aborrecían la naturalidad, y descuidaban la lengua, tomando la afectación por gracia, la hinchazón por sublimidad, la antítesis por elocuencia, los equívocos por elegancia; ocultaban la nulidad del asunto bajo una porción de frases ampulosas, y golpean sobre el yunque hasta que se enciende. Vacilantes entre la insípida afectación y la grosera trivialidad, tienen por ingenio el reunir ideas opuestas; y como la vulgaridad se une perfectamente con la hin-

chazón, no hubo ni una imagen, por trivial ó frívola que fuese, que no estuviere cargada de metáforas. Las estrellas se convirtieron en «zequíes ardientes de la banca de Dios, y claras antorchas de las exequias del día;» la luna en «tortilla de la sarten celestial; el sol; el verdugo que corta con el hacha de sus rayos el cuello á las sombras;» y el Montviso nevado en el «arcipreste de los montes con cota blanca». Ciro de Pers llama á los cálculos de la vejiga los mármoles que le nacen en las entrañas para formar su sepultura; Marini á los esputos «espuma de leche, copos de nieve»; otro á los piojos de la cabeza de una mujer hermosa «caballos de plata en campo de oro»; otro compara las almas á los caballos, pues al fin de su carrera les espera en el cielo «cebada de eternidad, y una cuadra de estrellas».

En el púlpito, fué donde se hizo peor ostentación de estas repugnantes bellezas, olvidando que la sencillez es condición principal de la elocuencia, y creyendo que no podía conseguirse ésta, sino con el puño cerrado y los cabellos erizados. Hasta los títulos de los sermones de aquella época manifestaban aquella lastimosa manía. Las proposiciones era también de lo más extravagante: un predicador encontraba en San Antonio las metamorfosis de Ovidio; otro los trabajos de Hércules en Santo Domingo. El milanés José María Fornara, provó en seis discursos en el nuevo sol de Milan oculto bajo el santo clavo, que aquella reliquia es un sol que nace, que ilumina, que calienta, que seca, que corre, que descansa. Lemene en el elogio fúnebre de Felipe IV demostró que este fué *magnum pietate et magnitudine pi-* Santiago Lubiani celebraba el solsticio de la gloria divina, la cifra de la divinidad en el augustísimo nombre de Jesus; y en San Ignacio la espada inflamada, presentándole como «Hércules de Vizcaya, que lleva en las llamas de su nombre la armería de los serafines, el sequito de los milagros espantosos en los rayos de la espada en la cual podría esculpir más victorias que Roger en la suya», y se excusa de no poder ensalzar esto lo suficiente «porque le falta el álgebra de lo innumerable.» En San Francisco Javier el Arquimedes apostólico; en San



Francisco de Borja un santo entre los grande. y grande entre los santos, en San Luis la vía lactea, la nieve mística; los reverberos luminosos de la sombra.

Fray José Pablo, de Como, principiaba su Cuaresmal de este modo: «Hoy toca el tambor la penitencia, para reunir un ejército numeroso contra los vicios, legionarios de Satanás.» El padre Manuel Orchi, también de Como, llamado «inteligencia más bien angélica que humana,» en el prefacio de sus últimas pláticas de Cuaresma, que «serán la admiración del mundo entero,» gran maestro en el arte de reunir las cosas más discordantes, principia pintando al pavon que despues de haber desplegado el brillo de su pintada cola, se mira á los piés y se confunde al ver su deformidad; pasa despues á la manzana, en la cual ve exactamente la figura del cielo y del mundo; despues al juego del balon, á las yerbas de la pradera, al saber de Tolomeo, de Tycho y de Fracastoro; á Bucéfalo, en el cual se figura ver el púlpito, tan difícil como éste para subir; y por último deja un «bocado saludable» para que le mastiquen los oyentes. Una vez sigue un proceso con todas sus formas á un rico; del juicio universal saca una tragedia regular con actos, coros y entreactos; en Pascuas erige un arco triunfal con ocho columnas, cuatro nichos, dos óvalos, un gran hueco sobre la cornisa, entre la cual y el arco hay un «campo en cuadro, pero no cuadrado.» y fabricando y explicando de este modo concluye el sermón.

Su mezquina grandeza está sostenida sólo por trozos de erudición profana, citas, epigramas, series de proverbios, divinidades paganas y astrología: en sus pláticas se encuentra «el artificioso tiriliri» de un pájaro; gusanos de seda «que comen y duermen con soporoso sabor y sabroso sopor;» la Magdalena «con la frente alta, cara atrevida y arrogante presencia;» pero al oír á Jesucristo «se despierta en el mediodía de su corazón el austro lluvioso de una tierna compunción, y elevando los vapores de sus confusos pensamientos, forma en el cielo de su mente nubes de dolor.» No se respeta á sí mismo, ni á los oyentes, ni á Dios; siempre tiene imágenes ó pinturas; ya compara

al hombre con el órgano, y al pecador con la lavandera «que con el codo desnudo, la ropa atada bajo la cintura, toma el lienzo sucio, se pone de rodillas cerca de una corriente de agua, se inclina sobre una piedra pendiente, mete el lienzo en el agua, le frota con los puños, le golpea con la palma de la mano, le lava, le arrolla, le vuelve, le sacude, le estruja y le tuerce; despues, poniéndole dentro de una vasija y al calor del fuego, en una caldera que contiene una enérgica lejía hecha con agua y ceniza y cociendo, lo cuele por encima. Despues le oprime de nuevo, redobla la fuerza de sus brazos y la de sus manos, gastando no ménos sudor que jabon; y por último, pasando al agua clara, en cuatro frotamientos, tres sacudidas, dos lavaduras y una torcedura, saca el lienzo más blanco y delicado que era.»

Poco faltaba para que á estas palabras no prorumpiesen en aplausos los numerosos oyentes; al separarse de éstos les habla de su amor, que en pocos dias se ha hecho gigante; porque su atención ha sido su nodriza, le ha fajado y le ha mecido; y despues de destetado con el aloe de su amarga partida, se alimentará con el sólido manjar de un afecto macizo: el deseo de volver á ellos es una preñez madura, de modo que estará con los dolores del parto hasta que la gracia del cielo le sirva de Lucina para dar á luz un nuevo hijo cuaresmal.

No todos los contemporáneos de Segneri deliraban de este modo; pero indudablemente la mayor parte tienen más en cuenta las hojas que el fruto. Contribuían á formar estos predicadores las escuelas y las academias adonde se proponían argumentos inútiles, especiosos paradójicos, y muy comunmente incluso, si pueden ocultarse el vicio y la virtud: si es mejor para una vieja el haber sido hermosa ó fea en su juventud, y oraciones sobre asuntos ficticios, embajadas fingidas, acusaciones y defensas de delitos imaginarios, y por lo mismo extravagantes, y sostener el pró y el contra, y atacar siempre por los lados para dar muestras de ingenio.

Estos defectos debían manchar aquellas colecciones ridículas hasta en el título: *Los arroyuelos del Parnaso, Los evita-ócios, Los eclipses*



de la luna otomana. el milanés Carlos Pietra Santa escribió los *Abortos de Clio*; el veneciano Márcos Boschini el *Mapa de la navegacion pintoresca*, dividida en ocho vientos, los cuales conducen la nave veneciana al alto mar de la pintura, como dominadora absoluta, para confusion de los que no entienden la brújula del iman. Angélico Aprosio de Sena publicó un diccionario de seudónimos con este título: *La visera alzada*, hecatoste de escritores que, deseados de andar enmascarados fuera del Carnaval, han sido descubiertos, por... etc.

Los mismos hombres de ciencia no están libres de esta manía de la época. Torricelli dice que «la fuerza de percusión lleva en la escena de lo maravilloso la corona de príncipe.» y que «el famoso Galileo trabajaba en esta joya para enriquecer el collar de la filosofía toscana, etc.» Montanani tituló á un tratado contra astrología «La caza de la linterna,» á otro sobre el rayo las fuerzas de Eolo; y otro sobre las monedas la moneda en consejo de Estado. Manuel Tesauro, el Marini de la prosa, escribió en este estilo un no breve tratado de filosofía. El padre Lana compuso «La hermosura sin velo, donde se descubren las bellezas del alma;» y cada capítulo presenta una metáfora. «La reina al balcon» es decir, el alma que hace ver por los ojos sus bellezas: «Las bebidas amorosas dadas á beber á la esposa por su criado para hacerla adúltera,» esto es, los deleites del cuerpo que alejan al alma de Dios; y así sucesivamente. Las disertaciones académicas y las tesis estaban más llenas aún de metáforas.

La charlatanería, pues, acompañaba, como es costumbre, los funerales de la literatura y de la nación. No se puede decir que la moda cegase á los escritores de modo que no conociesen su delirio, porque el jesuita Giuglaris, que en sus sermones ocupa el primer lugar por sus muchos desatinos, escribió en lenguaje llano y ordenado «La escuela de la verdad abierta á los príncipes.» Los que ponían poco arte en su estilo escribían en mejor lenguaje, pudiendo decirse de ellos lo que se ha dicho en moral, que es preciso hacer un esfuerzo para ser malo. Galileo escribió con claridad, elegancia y energía, emancipándose de los áridos métodos de

enseñanza; y atribuía su claridad á la lectura continua de Ariosto; las observaciones de la academia del Cimento están expuestas con limpidez y seguridad, asociando la elegancia á la filosofía. Entre los académicos sobresalía Carlos Dati, á quien daban á leer sus obras antes de imprimirlas todos los hombres científicos, y que fué llamado por Cristina y Luis XIV. En Florencia pueden encontrarse una porción de escritores, ajenos á estas ambiciosas miserias.

Los académicos de la Crusca continuaban sus útiles trabajos, dedicándose unos á estudiar los clásicos, y otros á elogiar ó censurar las obras nuevas. Benedicto Buomattei publicó la primera gramática toscana en 1643. Celso Cittadini (1627), hombre doctísimo, trató de los orígenes de la lengua toscana. El jesuita Mambelli (1644), bajo el nombre de Cinonio, reunió las observaciones sobre la lengua italiana. Daniel Bartoli, para defenderse de críticas, verdaderas ó supuestas, escribió la «Ortografía italiana y el Derecho y la injusticia del no se puede,» en que trata de aprobar con exageración que no hay regla en gramática sin excepción, con lo cual va á parar al escepticismo, pues no trata de averiguar si son incorrecciones de las obras, ó si es preciso deducir la regla de un principio más general. Benedicto Fioretti de Pistoya (1642), que se llamó Udeno Nisieli, nombre compuesto de tres lenguas (*Oudevos nisi Eli*), y que significa no ser de nadie más que de Dios, hizo oposición á la Crusca y á la prolidad usada por los escritores; y en los *Progimnasmos*, empleó un estilo bastante filosófico. Algun tiempo despues el boloñés salvador Corticelli (1758) publicó una «Gramática» y cien discursos sobre la elocuencia toscana, deduciendo las reglas del uso, pero adoptando sólo el uso de los clásicos, y casi puede decirse sólo el de los escritores del siglo XIV; también publicó una edición de Boccaccio, expurgada de sus peligrosas obscenidades. En aquella época se multiplicaban las ediciones y comentarios de Boccaccio, y Leonardo Salviati (1589), director de la academia florentina, buen escritor, aunque desacreditado por la innoble persecucion que dirigió contra Tasso, en sus *Advertencias sobre el Decameron*,



presentó sabias reglas para escribir correctamente.

Alejandro Tassoni comentaba al Petrarca sin ceguedad: las *observaciones sobre el estilo* de Esforcia Pallavicino son algunas veces muy sutiles, y en lo general muy convenientes: Jacobo Mazzoni de Cesena en la *Defensa de Dante* se eleva á generalidades de estética muy notables. Gerónimo Gigli de Sena (1722), festivo en las conversaciones y en las comedias, en su *Pirlone* adaptó el asunto del *Tartufo* á la sociedad italiana, tan vivamente, que excitó quejas oficiales. Publicó en Roma las obras de Santa Catalina con un diccionario de las frases que usaba la santa, valiéndose de esto para atacar á la Crusca y aun á todos los florentinos, sin perdonar á los príncipes. Estos dieron al asunto gran importancia: fué quemado el libro; se anotó en el índice prohibitivo en Roma, y Gigli se retractó. Miguel Angel Buenarroti el jóven (1646) admiró á Petrarca, pero sin evitar por esto el mal gusto de su tiempo, y comentando el soneto *Amor che nel pensier mio vive e regna*, dice: «No considerareis vergonzoso, amables académicos, que tenga grandes deseos de hablar de un asunto tan elevado, ni me acusareis de locura ni de una excesiva temeridad, porque obedeciendo al que me lo ha mandado, el cual puede hacerlo con justicia, me he embarcado para tan extenso viaje en un peligroso mar, entre la ola de una alabanza insegura, á la merced de los vientos de la ignorancia y de la crítica que puede sumergirme, surcando las aguas débilmente con la navicula de mi pobre ingenio.» Así se cree obligado á hablar este escritor cuando se dirige á los doctos; pero cuando empleaba el lenguaje del pueblo, se volvía hácia la naturaleza, y no se encuentra una mancha que dé idea de aquella peste en sus comedias de la *Tancia* y de la *Fiera*, escritas con el objeto de emplear una porción de voces populares, que no se hallaban en los libros, y de las cuales quería tener la Crusca ejemplos para su vocabulario.

También los extranjeros hablaron de la lengua italiana, como Menage, que ayudado por Redi y Dati buscó las etimologías de la lengua, suponiendo algunas extravagantes, y ex-

poniéndolas todas sin sistema alguno; el abate Regnier Desmaretz tradujo al italiano á *Anacreonte*, y mereció ser nombrado académico de la Crusca. También existen versos italianos de Milton y de Voiture.

No se pecaba, pues, siguiendo los defectos del siglo, por ignorancia ó por descuido: por el contrario, casi me atrevo á decir que entonces por primera vez se estudió el artificio del estilo italiano y las modulaciones del periodo; se calculó la cadencia, y se trató de decirlo todo del mejor modo posible. Algunos de los escritores precedentes quisieron imitar á los latinos, dando á las palabras giros forzados, y otros escribían con naturalidad, sin el más mínimo artificio; Maquiavelo no se cuida de las palabras; el estilo de Varchi es cortado, vicioso el de Bembo y fatigoso el de Guicciardini; los demas escritores del siglo XVI tienen periodos confusos, miembros cortados, expresiones incompletas, imágenes vacilantes. Apenas puede exceptuarse al majestuoso Della Casa, al limpio Anibal Carò, y al amable Firenzuola, el cual declaró que «ha usado siempre las palabras y los giros que se usan todos los dias, dando moneda corriente, y no ochavos gastados.» En el siglo XVII llegó á ser una ciencia el periodo, y ya que no á más, citaremos sólo á Bartoli y á Pallavicino, artífices supremos del estilo.

El primero, despues de haber predicado en muchos países, fué llamado á Roma para escribir la historia de la Compañía de Jesús; y en vez de la forma de anales que hasta entonces tenía, la dividió segun las provincias de la India, del Japon, de China, de Inglaterra, de Italia. En sus obras no se encuentran crítica, pensamientos, ni afectos, y nos guardaremos muy bien de colocarle entre los historiadores; sólo es de admirar en él la exposición; pero ésta es toda «oro machacado y perlas trituradas:» todo lo dice por medio de frases, y abunda en descripciones, algunas de las cuales son verdaderamente admirables, pero sin sentimiento ni espontaneidad. El todo deslumbra, pero cansa aquel estilo peculiar suyo, aquella superabundancia de modos, sutilezas y conceptos, cuyo número fatiga, y cuya novedad es superficial.



Hace poco fué sacado del olvido, y se multiplicaron las ediciones y los extractos de sus obras; pero el sufragio de sus admiradores no ha bastado para mantenerlo con crédito en un siglo en que, por los buenos escritores á lo ménos, se estima más la fuerza que la gracia, y que quiere que no se diga en dos versos lo que pueda decirse en uno. Las historias de este autor superan con mucho á sus obras morales, llenas de alambicadas expresiones, y escritas en tono escolástico y declamatorio, y sus escritos científicos sobre el hielo y la presión, el sonido y la audición, son tesis todas peripatéticas, indignas de publicarse después de Galileo.

Ya hemos juzgado la *Historia del concilio de Trento* de Pallavicino que prescindiendo de su enojosa, polémica puede servir de modelo de escritos á los que se contentan con la medianía de un estilo florido. Después de la primera edición, hizo una nueva, corregida en cuanto al lenguaje, á fin de que pudiese ser citada por la Crusca, «honor que estimaba tanto como el capelo.» Escribió asimismo un *Tratado del bien* en forma de diálogo, y otro sobre la *Perfección cristiana*, de ingenua elocución; refutó en latin las diatribas de Julio Scotti contra los jesuitas en la *Monarchia Solipsorum*; principió la vida de Alejandro VII, obra que interrumpió al ver que éste se precipitaba en el desaprobado nepotismo: y cuando recibió la púrpura, conservó su religiosa sobriedad.

No tiene la superabundancia de los escritores anteriores Pablo Segneri de Neptuno, jesuita también, cuyo estilo (y casi pudiéramos decir lo mismo de los pensamientos) es siempre fluido y tan distante de los predicadores del siglo XVI como de la hinchazón de sus contemporáneos; y aunque se muestra sobrio de palabras, quita la esperanza de hacerlo mejor que él. Segneri descubre en sus obras grande ingenio, doctrina y arte; tiene gran delicadeza para sentir el número oratorio; es rico de afectos, siempre propio, y á las veces sencillo y conciso. En algunas ocasiones se deja llevar de los vicios de escuela y de los hábitos retóricos; echa mano del énfasis para sostener la viveza del discurso, abusa de las figuras retóricas, las suspensiones, retractaciones, exclamaciones,

conceptos y formas dialécticas. Tiene además mucho por que ser tachado en cuanto al fondo por sus continuas citas, por el tormento que da á los textos para apropiarlos á sus alusiones, por su hábito de falsear la historia para sacar de ella ejemplos, y por sus proposiciones, muchas veces falsas, pueriles ó defectuosas. Al hablar así, me refiero sólo á su *Cuaresma*, pues en los penegíricos la presunta obligación de ser florido le sumerge completamente en el mal gusto: al mismo tiempo que en algunas obras de edificación doméstica, como en el *Cristiano instruido* y en el *Maná del alma*, es modelo de exposición clara. Para las misiones fueron adoptados sus métodos, y sus laudes fáciles de cantar y de comprender.

Muchos trataron de la moral, pero nada escribieron de nuevo, ni que merezca alabanza. Ponderan algunos los *Diálogos* de Tasso, pero ¿quién los lee? ¿Y quién conoce más que por el nombre la *Nobleza de las mujeres* de Domenichi; la *Educación de las mujeres*, de Dolce, la *Filosofía moral*, de Antonio Bruciati, los *Avisos morales*, de Muzio, la *Ginipedia*, de Vicente Nolfi y otras obras por el estilo? El amor y el honor son los argumentos comunes de estos escritos; el primero sutilizado á la manera platónica, y que por consiguiente ni sirve para la vida civil, ni ofrece testimonio para la historia; el segundo sutilizado al estilo de la época y acomodado á aquella ciencia que llamaron cabbleresca, y de la cual los italianos tienen también demasiado número de tratados.

Octavio Ferrari, catedrático de elocuencia, primero en la biblioteca ambrosiana y después en Pádua, ejercitaba su facundia en alabar á los príncipes que se lo pagaban. Su patria le señaló sueldo como cronista; pero acaso era demasiado tímido para semejante cargo, y nada dejó completo, ocupándose principalmente en hacer pomposos elogios académicos. Más mérito tuvo en la anticuaria, y escribió de los *Orígenes* de la lengua italiana, no obstante que nunca la empleó.

Lorenzo Magalotti, romano, educado en Toscana, donde fué admirado por su claro ingenio, escribió sobre mil cosas diversas, entre ellas relaciones de viajes hechos por él ó por



otros, y la *Historia de la academia del Cimento*: enamorado del estilo de Saint-Evremond, le tradujo y quiso imitar su filosofía ingeniosa, alegre y mundana. Era apasionadísimo de los olores, y hablaba y escribía de ellos con éxtasis; desempeñó varias embajadas, presentándose en ellas con gran boato; de vuelta á Florencia no pudo acostumbrarse á vivir en esta ciudad, pareciéndole todo inferior á su mérito, y descontento, se hizo sacerdote del Oratorio; pero arrepentido prontamente, se retiró avergonzado al campo para volver después á la corte. Contra los ateos, ó más bien contra los indiferentes, escribió las *Cartas familiares*, obra sistemática y profunda, y la más meditada que ha salido de las prensas de Europa sobre este asunto. El cancionero titulado *La mujer imaginaria* (ya lo dice el título), es un estudio de la cabeza, no del corazón, y el mismo Filicaja le escribía: «Veo en vuestros versos tal profusión de bellos conceptos y de bellas ideas, que no sé cómo podéis libraros de la acusación de indigno dissipador, que no conoce la moderación, y quiere siempre dar grandeza á las cosas más pequeñas, y hacerlas crecer en estatura de tal modo, que de enanas se conviertan en gigantes.»

Las obras históricas y las cartas del cardenal Bentivoglio de Ferrara, tienen bastante mérito, pero cansan por su simetría y ostentación. Los *Cuentos del Parnaso*, de Trajano Boccalini de Loreto son muy originales, y han sido después muy imitados: en estos cuentos la monotonía de la forma está compensada por una variedad interna, que consiste en juicios pronunciados por Apolo sobre los literatos, los hombres, los sucesos, y principalmente sobre la política. El liberalismo de los italianos consistía entonces en odiar á España, y Boccalini es su representante. Escribía en Venecia, baluarte de la independencia italiana, y declamaba contra el espíritu guerrero y la profesión de las armas; elogiaba la libertad, sin perdonar la insolencia con que los nobles venecianos trataban á los ciudadanos. Los mismos sentimientos respiran la «piedra de toque de la política y los Comentarios sobre Cornelio Tácito,» observaciones políticas por el estilo de las de Maquiavelo,

en que trata de amenizar la política y enseñar el medio de romper la «cadena que fabricaban los españoles para sujetar á Italia.» Pero en vez de maldecir, se burla amargamente: hiere, pero no lacera. Sin embargo, excitó la indignación, y una noche fué apaleado de tal modo, que murió de resultas.

Antonio Maria Salvini, florentino, impulsado á seguir los estudios amenos por Redi, supo muchísimas lenguas, traduciendo á varios prosistas y poetas, y entre ellos á Homero literalmente, trabajo desacreditado por los que, posteriores á él, se han valido de su traducción para hacer otra mejor. Fué muy buscado en la buena sociedad y en las academias; escribió para éstas muchos discursos y lecciones, especialmente sobre la lengua, en la cual tenía profundos conocimientos, no sólo reproduciendo los buenos modos de los escritores del siglo XIV, sino introduciendo nuevas riquezas tomadas de los clásicos extranjeros, y recogiendo otras muchas del lenguaje vulgar de su patria, de modo que mereció ser citado por la Crusca. Sus discursos académicos son elogiados sólo bajo este punto de vista; por lo demás, son siempre ligeros, vanos muchas veces y apresurados: se dispensa de buscar razones propias acumulando dos ó tres autoridades: en suma, á lo más, serían buenos para artículos de periódico. En sus comentarios al *Mamantile*, la *Tancia* y la *Fiera*, puede aprenderse mucho.

Alejandro Tassoni de Módena, en su juventud, se atrevió á combatir á Aristóteles como retórico, y á Petrarca como poeta; pensador original, carácter fuerte, gramático sutil y nada pedante, supo conservar el buen gusto en un siglo que le tenía perdido, y no contaminó con sus conceptos la gracia fácil ni la festividad. Con su humor jovial cantó el *Cubo robado*, no proponiéndose más que escribir una obra literaria: se rie de la libertad italiana y de las guerras incesantes y frívolas; para promover la risa no se desdén de usar algunas indecencias y aún lascivias; y el poeta que se burla de los cadáveres no puede agradar seriamente. Sin embargo, sufría las consecuencias de aquellas enemistades municipales, él, que era tan enemigo de los españoles como todos los pensadores.